

El Cid y la política de la segmentación: historia, literatura, antropología¹

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

El tradicional y casi inflexible distanciamiento que, al menos en el ámbito hispánico, separa los itinerarios que siguen los estudios literarios y los antropológicos ha convertido a la filología hispánica —a la ortodoxa, canónica y dominante— en una disciplina obsesivamente centrada en el texto literario —en su ecdótica, en su retórica, en su estética— y en la historia —y, como mucho, en la sociología— del texto literario.

Suele cerrarse, de ese modo, a marcos teóricos y a instrumentos metodológicos —en particular a los que vienen del ámbito de la antropología— que podrían, a buen seguro, enriquecer la interpretación del texto y sumar, a su dimensión de artificio estético y de indicio histórico, la de expresión de cultura en un sentido insospechadamente más amplio y profundo del concepto.

Ejemplo paradigmático: el del *Cantar de Mio Cid*. Epopeya cuya tradición textual, cuyo trasfondo histórico, cuya organización literaria, han sido objeto de ediciones y de análisis —los de Ramón Menéndez Pidal o los de Alberto Montaner— de detalle, profundidad y calidad prácticamente inigualables desde el punto de vista de la filología y de la historia. Pero cuya interpretación cultural dista mucho, todavía, de estar agotada. Tal y como la antropología puede muy bien, en cuanto la traigamos a colación, venir a recordarnos.

Consideremos el eje sobre el que se estructura todo el *Cantar*: la suspensión de la alianza entre un tronco político principal, representado por el rey Alfonso, y la rama subsidiaria encarnada por el hidalgo Rodrigo, la salida del héroe desterrado del reino castellano, la conquista e instalación en Valencia, y la reconciliación final de los dos grupos antes escindidos. En el trasfondo de todo ello, unos hechos reales y auténticos que la documentación histórica confirma en sus líneas generales, porque existieron, sin lugar a dudas, el rey, el Cid, la crisis de sus relaciones, el destierro, la conquista de Valencia, la restauración final de las alianzas. Y, en el nivel de la expresión, unos recursos de ficción y de invención literarios que la filología tiene, también, perfectamente definidos y aquilatados, porque sobre el *ser* literario del *Cantar de Mio Cid* han corrido torrenciales ríos de tinta.

Pero ¿qué sucede, si es esperable que algo suceda, en el nivel del sentido cultural, en el de la interpretación antropológica, más allá de lo que nos informan la base histórica y de lo que nos sugieren las adherencias literarias que se solapan en el cantar épico castellano?

¹ Este artículo ha sido redactado en el marco del proyecto de investigación *Génesis y evolución de la materia cidiana en la Edad Media y el Siglo de Oro*, financiado por el MEC, Plan Nacional de I+D, nº de ref. HUM2005-05783.

En el nivel del sentido, a nadie se le puede ocultar —y la crítica, sobre todo la más historiográfica, lo ha puesto de relieve en no pocas ocasiones— que el motivo de la separación de Alfonso VI y de Rodrigo Díaz ha de ir necesariamente más allá de la explicación —simple y dramática— que resumen las fuentes histórico-literarias: la enemistad entre un soberano orgulloso y un vasallo atrevido que alcanzaría su punto crítico en el episodio más efectista de su relación: el que conocemos como *La jura de Santa Gadea*.

Tras la innegablemente histórica y emotivamente dramática separación del rey y de su vasallo —cuyas raíces y causas venían de mucho antes y de mucho más allá de Santa Gadea, desde luego— es evidente que hay algo más que juramentos reales forzados por la presión de una parte de la nobleza, explosiones de ira regia, y hazañas contadas y amplificadas con todas las galas de la ficción épica: hay una estrategia de separación de una rama y de un linaje secundarios (los del Cid) de un tronco social principal (Castilla y su linaje real) que acababa de quedar unificado —tras un largo período de luchas disgregadoras— bajo la autoridad de Alfonso VI. Que acababa de alcanzar, por tanto, un estatus política, económica y militarmente muy reforzado, sumamente estable. Y que podía permitirse, ya, retomar de manera decidida la labor de la reconquista, y despachar a alguno de sus mejores brazos y de sus mejores clanes (el que estaba encabezado por el Cid y formado por sus compañeros, casi “hermanos” o “hijos” de armas) hacia horizontes que o bien estaban en situación de inestable volatilidad demográfica y política (el Bajo Aragón, el norte de lo que hoy llamamos Castilla-La Mancha, el interior de la actual región valenciana), o bien se hallaban en poder del enemigo musulmán (Valencia).

Pues bien, este proceso de escisión de una rama subsidiaria (en términos de *linaje* demográfico, político, simbólico) con respecto a un *linaje* troncal, que en el nivel del análisis filológico queda en segundo plano —oculto bajo las gangas y efectismos de la ficción épica, oscurecido por los brillos del convencional y previsible *viaje heroico*—, y que en el nivel del análisis histórico está sometido a los claros, a las sombras y a las lagunas de la precaria documentación de la época —y a la interesada ideología con que fue producida y transmitida—, pasa a un plano muy destacado y perfilado cuando lo contemplamos bajo el foco, mucho más especializado y poderoso —en esta cuestión al menos— de la antropología.

Y cuando, por ejemplo, utilizamos un concepto, el de *segmentación*, que cuenta con una muy vieja, arraigada y también compleja y polémica tradición en esta disciplina, cuyos principios y métodos tan poco familiares les resultan a buena parte de los filólogos hispánicos.

No hay acuerdo, entre los antropólogos, ni entre las diversas escuelas y tendencias de esa ciencia, a la hora de definir de manera unívoca lo que es la segmentación. Una forma abstracta y generalizadora de hacerlo es identificarla con una estrategia de exogamia o escisión, a partir de un linaje o clan, de un nuevo grupo social de estructura similar a la del grupo segmentado. Los procesos de segmentación se producen cuando un

grupo exógamo crece a mayor velocidad que los medios de asegurar su supervivencia económica. En vez de refugiarse en esos casos en una endogamia que limite su crecimiento, se produce una segmentación que da lugar a un nuevo grupo exógamo (Pedrosa “Endogamia”).

Más en concreto, los linajes se caracterizan, al menos teóricamente, por su capacidad de cohesión y de autoperpetuación, y también por su capacidad de escisión y de reproducción exógama.

Por definición, un linaje es una estructura integradora de personas y de familias que se rigen por un sistema social, institucional, religioso y ritual que da cohesión al grupo. Cada linaje está regido por un dirigente que recibe su autoridad por sucesión o por elección, y que aplica un código legal, religioso, ritual y cultural que engloba elementos específicos y particulares de ese linaje, y elementos comunes con el resto de los linajes de su grupo étnico.

Los miembros de un linaje están vinculados entre sí por un sistema de reglas de solidaridad y de prescripciones muy riguroso. Se ha comprobado, por ejemplo, que los beduinos de Cirenaica consideran el homicidio dentro del linaje agnaticio mínimo como un delito extraordinariamente grave, mientras que el homicidio de un miembro de un segmento tribal diferente constituye una hazaña prestigiosa.

Pero el hecho de que los linajes puedan desarrollarse a lo largo de períodos muy prolongados de tiempo y de que no puedan sumar y acumular indefinidamente personas y grupos dentro de su estructura hace que inevitablemente aparezcan en él tensiones y fuerzas de reequilibrio y disgregación.

Un linaje puede verse amenazado por:

- Agotamiento y extinción. En este caso, suele haber una tendencia a que algún linaje próximo o asociado asuma su papel. Cuando esto no es posible, el linaje puede extinguirse.
- Saturación. En este caso, suele producirse una segmentación, es decir, una escisión y nacimiento de un nuevo linaje.

Los procesos de segmentación de linajes se hallan particularmente arraigados en muchas sociedades africanas. En aquel continente, los linajes están en proceso de segmentación permanente, y de replicación constante de los demás segmentos y del linaje globalmente considerado (Pedrosa “Linaje”).

Este tipo de definición general se acomoda perfectamente a la definición que de la segmentación dio Edward Evan Evans-Pritchard en su fundamental monografía acerca del pueblo africano que más le interesó: *The Nuer* (1940),² los Nuer del valle del Nilo.

² El concepto y la discusión sobre la segmentación recorre, efectivamente, todo el libro de Evans-Pritchard. Otra bibliografía relevante sobre la segmentación: Meyer Fortes 1945 y 1953, Radcliffe-Brown, Freedman, Sahlins 1965, Fox 1967, Holy, Kuper, Lévi-Strauss. En Pedrosa “Segmentación”, hay más detalles, en cualquier caso, acerca de los grandes cambios (por no decir de los grandes bandazos) que ha sufrido la definición del término *segmentación* en el último siglo largo: “El concepto de segmentación

Para el gran antropólogo británico, la segmentación es un principio operativo clave de la vida y del desarrollo de toda estructura social. Aunque él profundizase solo en su operatividad en el seno de unos pocos pueblos africanos, y en el marco de sistemas de organización que denominaba *feuds* (feudos), Evans-Pritchard defendía la universalidad del principio de la oposición segmentaria, de la asociación, cuando era preciso, de varios segmentos menores para formar uno mayor, de la escisión, cuando también se necesitaba, de uno mayor en varios menores, y de las alianzas cruzadas (basadas sobre todo en los lazos matrimoniales) como respuestas a las situaciones y a los contextos que cada sociedad ha de afrontar en cada momento de su historia.

Las afirmaciones generalistas y universalistas de Evans-Pritchard no convencieron a diversos antropólogos posteriores, especialmente a los de tendencias más radicalmente funcionalistas —por más que Evans-Pritchard fuera uno de los padres más reconocidos de aquella escuela—, algunos de los cuales han usado el término *segmentación* en acepciones sumamente restrictivas y especializadas, que aplican solo a unos cuantos pueblos del África subsahariana que tienen unos sistemas de parentesco absolutamente específicos y singulares. Antropólogos ha habido, incluso, que han llegado al extremo de afirmar que la segmentación en sentido estricto no existe, porque no hay forma de embutir de forma perfecta los sistemas de parentesco y de expansión demográfica de ningún pueblo dentro de la muy dogmática y especializada definición previa que de la segmentación habían establecido o asumido ellos mismos.

Otras escuelas y estudiosos han defendido, en cambio, y cada vez con mayor vigor, que hay sociedades segmentarias no solo en el África subsahariana, sino también en África del norte y en Asia —en la India, sobre todo—. Y en más lugares. Antropólogos ya clásicos como Marshall D. Sahlins opinaron que la segmentación puede darse en cualquier sociedad que tenga una organización social primaria, sin estado. Para Sahlins

social tuvo, entre diversos antropólogos y sociólogos de finales del siglo XIX y de comienzos del XX (como Émile Durkheim) un sentido muy diferente al que se le daría posteriormente. Para aquellos eruditos, las sociedades segmentarias eran simplemente aquellas cuya estructura social estaba formada por segmentos equivalentes desde el punto de vista social, cultural y económico. Habría que esperar a las aportaciones de los antropólogos británicos de las décadas centrales del siglo XX (especialmente de Edward Evans Evans-Pritchard y de Alfred Reginald Radcliffe-Brown) para que este concepto se asociase a nuevas teorías sobre los linajes o grupos de filiación unilineal en que los derechos y deberes de cada individuo se transmiten en relación con su línea de filiación o bien paterna o bien materna. El concepto de segmentación quedó, de este modo, asociado tradicionalmente a los modos de replicación y de perpetuación de los grupos de descendencia unilineal (linajes, clanes, fratrías, mitades) y a las llamadas “sociedades sin estado” arraigadas sobre todo en África. Posteriormente, hubo antropólogos (como Meyer Fortes) que intentaron aplicar este concepto a otros tipos de sociedades, sobre todo asiáticas, pero sin resultados convincentes, ya que la estructura social de éstas presentaba rasgos muy diferentes de los de las sociedades africanas. Pese a las críticas que, entonces, recibió la teoría de la segmentación de los grupos sociales unilineales, hoy se sigue admitiendo que, en muchos lugares de África, numerosas pequeñas “sociedades sin estado” se hallan estructuradas como una red de linajes y de clanes cuya renovación y perpetuación es posible gracias a un proceso de segmentación permanente y de replicación constante de los demás segmentos y del linaje globalmente considerado”.

—y esto nos importa mucho a nosotros—, la segmentación es una *estrategia de depredación* que permite que un grupo troncal envíe grupos colonizadores hacia territorios que aspira a poner bajo su control (aunque sea un control delegado):

El sistema de linaje segmentario es una institución que aparece en el nivel tribal de la evolución cultural general; no es característica de bandas, jefaturas, o de ninguna otra forma de civilización. Se desarrolla en el seno de sociedades con un modo neolítico simple de producción y con una tendencia correspondiente a formar grupos económicos y políticos pequeños y autónomos. El linaje segmentario es un instrumento social de consolidación temporal de esta fragmentada política tribal para realizar una acción externa concertada. Es, en cierto sentido, un reemplazo de la estructura política simple que una sociedad tribal es incapaz de mantener.³

Parece que la tendencia más acusada, en tiempos recientes sobre todo, está siendo la de abandonar los estériles radicalismos taxonómicos de signo funcionalista, abrir decididamente el enfoque hacia más abiertos horizontes comparatistas, y aplicar el término de segmentación a procesos de escisión de unidades de linaje y de comunidades demográficas y políticas documentadas en muchas más épocas y lugares. No solo en elementales sociedades “sin estado”, sino incluso en sociedades con organización estatal:

Muchas otras comunidades políticas bien conocidas históricamente, y en otros continentes, también han desarrollado estados segmentarios en vez de estados unitarios... La noción de estado segmentario no pertenece a ningún modo de producción específico, porque es un modelo construido desde una perspectiva diferente, que se relaciona, en principio, con la forma y con la dinámica de la estructura política.⁴

En los últimos años no ha sido raro ver publicados estudios sobre la naturaleza segmentaria de la proliferación de iglesias protestantes en Ecuador (Maynard), o seguir polémicas acaloradas acerca de si, en determinados períodos de su historia, las sociedades mayas de Mesoamérica han estado organizadas en estructuras de tipo segmentario.⁵ A esto puede añadirse que, desde hace décadas, el concepto de segmentación tomado en préstamo de la antropología ha sido profusamente utilizado, también, en el terreno de la teoría económica y de la socio-económica, que han generado una bibliografía inmensa acerca de grupos económicos segmentarios.

Una puntualización sumamente relevante para lo que a nosotros más nos interesa ahora, que es el análisis contrastivo con el *Cantar de Mio Cid*, es la que realizó el antropólogo Robin Fox en un libro que se convirtió en clásico (y que no ha dejado ni de reeditarse ni de traducirse) desde que vio la luz en 1967: *Kinship and Marriage: an Anthropological Perspective*. De los dos sistemas de segmentación principales que Fox documentó en sociedades diversas (la segmentación por derivación y la segmentación

³ Traduzco de Sahlins 1961, 341-42.

⁴ Traduzco de Southall 52 y 79.

⁵ Síganse diversos avatares de la polémica en Fox 1989; Fox, Cook, Chase y Chase; y Chase & Chase.

perpetua), es evidente que el primero presenta llamativas coincidencias (de producción y de desarrollo) con la gesta (con la histórica y con la literaria) que tuvo por protagonista a Rodrigo Díaz:

La “segmentación por derivación” se produce cuando los linajes se hallan jerarquizados según el orden respecto al linaje principal. Este es el caso, por ejemplo, de las sociedades Dogon de Mali, en que los patrilineajes de un mismo clan se hallan distribuidos en barrios. En el centro de cada barrio se encuentra la casa-madre del linaje, que fue propiedad del antepasado fundador. Esa casa constituye la residencia del anciano que desempeña el papel de jefe del linaje, y allí se encuentra el centro de autoridad y el escenario de los ritos y cultos practicados por ese linaje. Cuando la acumulación de miembros hace peligrar el equilibrio económico del grupo, el linaje se segmenta, y cada segmento se convertirá a su vez en linaje reconocido y en fracción del clan. Pero en la relación entre grupos se mantendrá, en cualquier caso, una cierta vinculación genealógica entre los segmentados y los segmentarios.

La “segmentación perpetua” se produce cuando todos los segmentos escindidos son similares. Este tipo de segmentación es propio, por ejemplo, de la sociedad Nuer del Sudán. Entre los Nuer, los linajes son unidades funcionalmente similares. Cada uno de estos grupos establece relaciones de rivalidad (a veces con linajes próximos) y de solidaridad (a veces con linajes no próximos) que afirman la identidad relativa de cada grupo y constituyen una estrategia de equilibrio y de reequilibrio permanentes que garantizan la perpetuación de esa sociedad. Esta red de oposiciones y de solidaridades entre linajes no impide que en la sociedad Nuer convivan además, simultáneamente, grupos aristocráticos y grupos sometidos (Pedrosa “Segmentación”).

Es difícil no apreciar, a la luz de todos estos datos, que la historia y la narración del destierro del Cid tienen algo de lo que Fox denominó “segmentación por derivación”. Tan difícil como no ver en la escisión del bando cidiano, en la expansión colonizadora hacia Valencia, en la reconciliación final con su comunidad troncal, una más que significativa coincidencia con la estrategia que Sahlins (1961: 341-42) describió —recordemos— de este modo:

El linaje segmentario es un instrumento social de consolidación temporal de esta fragmentada política tribal para realizar una acción externa concertada.

Es, también, difícil no encontrar analogías entre los *feuds* o feudos, los linajes y los clanes, las necesidades de expansión económica, las escisiones y las reunificaciones, las

tensiones entre poderes centralizados y tendencias centrífugas, o las alianzas transversales (matrimoniales) estudiados por Evans-Pritchard en el ámbito de los Nuer del Bajo Nilo, y la Castilla feudal, articulada sobre ejes e instituciones innegablemente parecidas, o, si se quiere, operativamente coincidentes, en cierta medida, con los que han sido descritos en África.

Acaso la mayor diferencia entre tan apartados mundos resida en el hecho de que el linaje y el clan africanos se basan más en el concepto y en los procesos de la filiación biológica —sin detrimento de sus importantes proyecciones políticas—, mientras que en el linaje y el clan europeo medieval la filiación era de tipo más simbólico, ritual, político, y menos biológico. Dicho de otro modo, en las sociedades africanas estudiadas por Evans-Pritchard, el jefe era padre biológico, o por lo menos figura muy relevante dentro de una estructura de familia extensa; en Castilla, el rey era padre biológico solo dentro de su familia nuclear, aunque funcionaba como “padre” político en relación con los linajes vasalláticos de su reino. Es decir, que, en África, el clan es una agrupación primordialmente biológica, una estructura de parentesco que basa en los genes su proyección política; el clan que acompañó al Cid al destierro era, por el contrario, una agrupación de “hermanos” y de “hijos de armas”, en el sentido no biológico, sino solo en el simbólico y en el político del concepto.

Por lo demás, la segmentación o escisión del bando del Cid, la colonización política y económica de nuevas tierras (que culmina con la toma de la codiciada Valencia), la restauración ulterior de la alianza con el grupo troncal representado por la Castilla gobernada por el rey, la utilización de la alianza matrimonial trasversal (la de las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol) como estrategia de recuperación de la alianza política que había quedado temporalmente en suspenso, conforman una especie de guión *narrativo* que en poco se aparta de los que podríamos encontrar en el seno de las sociedades africanas en que más y mejor se han documentado los procesos de segmentación.

Especial relevancia tiene, como jalón esencial dentro de esta estructura *narrativa*, el fallido matrimonio (de carácter totalmente ahistórico y ficticio) entre las hijas del Cid y los malvados infantes de Carrión: alianza diseñada con el fin, único y exclusivo, de remachar la restauración de los lazos entre el grupo matriz y el segmentado, de poner los territorios colonizados bajo la autoridad del jefe del tronco superior, de —utilizando, una vez más, las palabras de Sahlins— demostrar que bajo el temporal y dramático destierro se estaba desarrollando, en realidad, “una acción externa concertada” que quedó felizmente consumada con la expansión territorial y con el regreso del clan pródigo al abrazo del gran padre político.

Cierto que el matrimonio de doña Elvira y de doña Sol con los aviesos infantes de Carrión quedó frustrado, según lo cuenta al menos el *Cantar*, del modo más estrepitoso, por culpa, por supuesto, de ellos. Pero su segundo matrimonio (con los infantes de Navarra y Aragón, según equivocadamente dice el *Cantar*), sancionado y garantizado una vez más por el rey castellano, que abrió el camino para que el narrador de la epopeya (*Cantar de Mio Cid*, vs. 3724-25) pudiera exclamar jubilosamente:

Oy los reyes d'España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buen ora nació,

termina de dibujar ante nosotros una auténtica *epopeya de la segmentación* que se ajusta, de un modo impresionante, a modelos *narrativos* que la antropología tenía muy bien localizados y analizados, en otras épocas y geografías —especialmente en África—, desde hace mucho tiempo.

Queda algo por decir: el *Cantar de Mio Cid* no es una pieza extraña ni excepcional dentro de este edificio que tiene un pie aquí, otros pies en África y muchos más en otras partes —casi podría decirse que en cualquier lugar en el que el surgimiento de un pueblo del costado de otro, y la recuperación final de su alianza, haya encontrado reflejo narrativo.

Sin salir del mundo hispanomedieval, la gesta del conde Fernán González, el héroe de la independencia de Castilla al que cantaron leyendas, crónicas y poemas de clerecía, es, ante todo, el relato de la segmentación de Castilla con respecto del reino de León, al que la historia volvería a unirle tras complejos y dramáticos avatares.

No cabría hablar, en cambio, de segmentación de este tipo —aunque acaso sí de otro tipo de segmentación, fundamentalmente militar y económica— en el caso de la conquista de América o de cualquier otro proceso de expansión colonial emprendido en el seno de sociedades más complejas, estables, centralizadas, estatalizadas y modernas, porque en tal clase de sociedades las estructuras de parentesco basadas en el linaje y en el clan ven seriamente atenuada —cuando no prácticamente perdida— la operatividad que sí tenían en sociedades tribales, clánicas o feudales, como era la española medieval.

En cualquier caso, la literatura universal sí nos ofrece ejemplos ilustres de otras *epopeyas de la segmentación* de clanes y de linajes. Algunas absolutamente inventadas, como la maravillosa —en todas las acepciones del término— *Eneida* de Virgilio, que canta el nacimiento de Roma como una dramática escisión de la arruinada Troya. Otras, algo más apegadas a la historia real, como el tratado *De origine actibusque Getarum* (*Orígenes y gestas de los godos*), puesto por escrito por el historiador godo Jordanes hacia el 550-51, que describe morosamente el modo en que del tronco principal de los godos fueron surgiendo ramas diversas (ostrogodos, visigodos, etc.), o —ejemplo bien significativo— la forma en que de los mismos godos habrían surgido los partos, cuyo nombre respondería —detalle crucial— a que “huyeron de sus padres”:

Entonces, algunos de los victoriosos miembros de su ejército [godo], viendo las provincias sometidas y rebosantes de fertilidad, desertaron del bando de los suyos y se establecieron voluntariamente en estas regiones de Asia. Pompeyo Trogo afirma que es de estos de quienes procede el nombre y el origen de la raza de los partos. De ahí que incluso hoy día se los llame “partos”, que en lengua escita significa “fugitivos”. Y como corresponde a su linaje, son casi los únicos entre todos los pueblos de Asia expertos en el

manejo del arco, amén de bravísimos guerreros. Por lo que respecta a la denominación de “partos o “fugitivos” a la que hemos aludido, algunos explican su etimología diciendo que se los llama partos porque huyeron de sus padres. (Jordanes, VI, 48, 82-83)

Casi al final de su magna crónica, evocaba Jordanes el modo en que el caudillo ostrogodo Vidimiro pasó a las Galias, donde se unió con sus parientes visigodos para formar un solo cuerpo, como lo habían sido antaño, y así se hicieron dueños de las provincias de las Galias y de Hispania y las defendieron con sus tropas para que ningún otro pueblo se apoderara de ella (Jordanes, LVI, 284, 219-20).

Como indica Jordanes, el solar ibérico, siglos antes de que los castellanos de Fernán González *se segmentasen* del León del rey Sancho Ordóñez a finales del siglo X —una escisión que el tiempo acabaría, en buena medida, restañando—, y siglos antes de que el Cid —ya en el XI— fuese desterrado de la Castilla de Alfonso VI, en otro proceso de segmentación que acabaría igualmente en reconciliación, fue testigo de la reunificación y del fortalecimiento sustancial de otros dos pueblos —los ostrogodos y los visigodos— que llevaban siglos separados y campeando por su cuenta.

Su reencuentro, tras tantos años de ir cada uno a lo suyo, sentó las bases de la fundación de la Hispania / España medieval. Y pone ante nuestros ojos —igual que lo ponen los demás relatos sobre segmentaciones/reunificaciones que hemos ido conociendo— un modelo histórico y narrativo iluminador de lo que, bajo los adornos efectistas de una fábula mitad épica y mitad dramática, fue el destierro del Cid: una muy eficaz y definida estrategia de expansión territorial centrífuga encaminada al reforzamiento de una sociedad que estaba entrando con paso firme —pese a lo que traslucía la primera, conflictiva y literaria apariencia— en una fase de reforzamiento de la autoridad central y de consolidación de las estructuras del estado.

Una observación más: no fue la España medieval (la que vio la reunificación de los linajes godos segmentados que historió Jordanes, o la que vio el apartamiento y la posterior reconciliación de los cristianos de Castilla y de Valencia) el único territorio en que operaron estas políticas de la segmentación propias de sociedades esencialmente tribales y feudales, en que las estructuras de parentesco definían, con sus tensiones centrípetas y centrífugas incorporadas, las nociones sociales, culturales y políticas de pueblo y de identidad.

En la Inglaterra de la época de las invasiones sajonas, todavía en la frontera inestable que separa el mito de la historia, escenificó el historiador Geoffrey de Monmouth razones y discursos —transparentemente indicadores de fenómenos de segmentación— como los que el caudillo sajón Hengist dio al britano Vortegirn para justificar su llegada a su isla:

Oh, tú, el más noble de los reyes, sabe que nuestra patria es Sajonia, una de las regiones de Germania, y el motivo de nuestra llegada no es otro que ofrecerte a ti nuestros servicios o, en su defecto, a algún otro príncipe. Hemos sido expulsados de nuestro país por la simple razón de que la

tradición de aquel reino así lo demandaba. Pues es costumbre en nuestra patria, cuando la población es demasiado numerosa, que los príncipes de las distintas provincias se reúnan y ordenen a los jóvenes de todo el reino que acudan a su presencia; después, echando suertes, eligen a los más capaces y vigorosos para que se dirijan a reinos extranjeros y se procuren por sí mismos el sustento, librando así al país en el que nacieron de un número excesivo de habitantes. Recientemente, la población de nuestro reino ha crecido en exceso; nuestros príncipes se reunieron, y echando suertes, eligieron a estos jóvenes que aquí ves y les ordenaron obedecer la tradición establecida desde antiguo. Nos designaron a mí, Hengist, y a mi hermano Horsa como sus capitanes, pues procedemos de una estirpe de caudillos. Acatando, pues, normas sancionadas por el paso del tiempo, nos hicimos a la mar y, con Mercurio como guía, alcanzamos las costas de tu reino. (Monmouth, cap. 97, 141-42)

El mismo Jordanes describió, inmerso una vez más en el territorio nebuloso que hay entre el mito y la historia, pero insistiendo de manera harto reveladora sobre las causas y razones del proceso, casos adicionales de segmentación que habrían afectado a los godos del norte y del oriente:

Se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Berig, de esta isla de Escandia, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos. Tan pronto como desembarcaron de sus naves y tocaron tierra dieron su nombre al territorio que hoy, según se dice, se llama Gotiscandia. Desde allí marcharon al territorio de los ulmerugos, que por entonces ocupaban las riberas del Océano, acamparon allí y, tras entablar combate con ellos, los expulsaron de sus propias tierras. Más tarde sometieron a los vándalos, vecinos de aquellos, y los añadieron al número de sus vencidos. Pero como su población aumentó notablemente, después de que aproximadamente cinco reyes hubieran sucedido a Berig, Filimer, hijo de Gadarico, nada más comenzar a reinar, decidió salir de allí al frente del ejército de los godos al que acompañaban sus familias.

Mientras buscaba territorios y lugares convenientes y apropiados para establecerse, llegó a las tierras de Escitia, que en su lengua se llamaban "Oium", donde se quedó maravillado por la riqueza de estas regiones. Pero se cuenta que el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos. Sin embargo, hoy todavía se pueden escuchar allí las voces de

los rebaños e incluso distinguir rastros humanos, según testimonio de los viajeros, a los que se puede creer aunque solo los hayan oído desde lejos. Así que la parte de los godos que se cuenta que llegó junto a Filimer a las tierras de “Oium” después de atravesar el río tomó posesión del suelo deseado.

Sin demorarse lo más mínimo llegan ante el pueblo de los espalos, trabaron combate y consiguen vencerlos. Desde allí, ya como vencedores, se dirigen rápidamente hacia los últimos territorios de Escitia, limítrofes con el mar del Ponto (Jordanes, IV, 25-28, 71-72).

Enormemente interesantes son, para nosotros, las interioridades que relata Jordanes de los conflictos fraticidas, con segmentaciones y posteriores reunificaciones, pactadas o violentas, que enfrentaron a pueblos godos como los getas y los gépidas:

El pueblo gépida, viendo que el godo vencía por doquier y que se enriquecía tan rápidamente con los botines, movido por la envidia, declaró la guerra a sus parientes.

Si te preguntas cómo es que los getas y los gépidas son parientes, te lo contaré en pocas palabras. Debes recordar que dije al comienzo que los godos habían salido del interior de la isla de Escandia con su rey Berig a la cabeza, transportados sólo en tres barcos hasta la costa del océano ceterior, es decir, a Gotiscandia. Al llegar una de estas tres naves, que, como suele suceder, navegaba más despacio que las otras, se dice que dio nombre a este pueblo, pues en su lengua “perezosa” se dice “gepanta”. De ahí que poco a poco, por deformación de este nombre, de ese reproche surgiera el nombre de “gépidas”. Pues estos tienen también su origen, sin duda alguna, en la raza de los godos. Pero puesto que, como he dicho, gepanta designa algo perezoso y lento, este nombre de los gépidas nació gratuitamente de un reproche, aunque creo que se ajusta totalmente a la realidad, porque son cortos de inteligencia y pesados en lo que se refiere a la agilidad de sus cuerpos.

Así que estos gépidas corroídos por la envidia residían desde hacia tiempo en una región despreciable, una isla del río Vístula rodeada de vados, que llamaban en su lengua materna *gepidaios* (Jordanes, XVII, 94-96, p. 111).

Bien reveladora es también la mágica explicación que da Jordanes acerca del origen del pueblo temible de los hunos, entendido como fruto del contubernio de un grupo segmentado de hechiceras godas y de demonios del desierto:

Filimer, rey de los godos e hijo de Gadarico el Grande, que ocupó el trono de los getas en quinto lugar después de su salida de la isla de Escandia, cuando entró con su pueblo en el territorio de Escitia, como ya hemos dicho más arriba, encontró entre su pueblo a ciertas hechiceras a las que llamó en la lengua de sus padres “haliarunas”. Como no le inspiraban confianza, manda expulsarlas de entre los suyos y, después de que el ejército las hiciera huir bien lejos, las obliga a andar errabundas por una

zona despoblada. Cuando las vieron los espíritus inmundos que erraban por el desierto, se echaron en sus brazos y tras copular con ellas engendraron esta raza ferocísima que al principio vivió entre pantanos, minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se aparecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano. (Jordanes, XXIV, 121-22, 126)

Este modo confusamente mítico de entender la segmentación de linajes troncales y escindidos, que para el imaginativo Jordanes era la clave de la grandiosa diáspora de los pueblos godos, nos devuelve, tras todo este agitado deambular por territorios en que confluyen oscuramente la leyenda y la historia, al trasfondo mitológico que, si decidimos profundizar, acabaremos hallando en la raíz de todos estos fenómenos y estos textos:

Los Kogi [de la Sierra Nevada de Colombia] comparan la génesis de la humanidad con el crecimiento de una mata de ahuyama, cuyo tronco es la divinidad suprema, la Madre. Ramificándose más y más y abarcando un territorio extenso, esa mata desarrolla ramas y frutos, es decir, linajes, familias e individuos que poblaron luego los valles de la Sierra Nevada, separándose de su antiguo lugar de origen, pero siempre quedando unidos con él. Ya que la Madre creó también los animales, las plantas, en fin, el universo entero, todo lo que forma parte de él tiene así mismo su puesto en este inmenso árbol genealógico. (Reichel-Dolmatoff 155)

La Castilla matriz del siglo XI de la que se segmentó el Cid para conquistar y colonizar territorios que se hallaban más allá de las fronteras de entonces era una entidad social, cultural y política amalgamada sobre vínculos de parentesco biológico y simbólico en que los discursos y las razones de lo mítico desempeñaban todavía un papel crucial. Contemplada dentro del marco histórico y cultural de las estrategias de segmentación que han sido bien documentadas y analizadas por historiadores y antropólogos en muchas sociedades (antiguas y modernas) estructuradas en clanes (tribales y feudales), la epopeya centrífuga y colonizadora del Cid puede ser entendida, también, a la luz de una antropología que se proyecta más allá del horizonte al que llegaba el análisis estrictamente literario.

Obras citadas

- Cantar de Mio Cid*. Ed. Alberto Montaner. Barcelona: Crítica, 1993.
- Chase, Arlen F., & Diane Z. Chase. "More Than King and King: Centralized Political Organization among the Late Classical Maya." *Current Anthropology* 37 (1996): 803-10.
- Evans-Pritchard, Edward Evans. *The Nuer*. Oxford: Clarendon, 1940.
- Fortes, Meyer. *The Dynamics of Clanship among the Tallensi*. Londres: International African Institute by the Oxford University Press, 1945.
- . "The Structure of Unilineal Descent Groups." *American Anthropologist* 55 (1953): 25-39.
- Fox, Robin. *Kinship and Marriage: an Anthropological Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- Fox, John W. "On the Rise and Fall of Tuláns and Maya Segmentary States." *American Anthropologist* 91 (1989): 656-81.
- Fox, John W., Garrett W. Cook, Arlen F. Chase, & Diane Z. Chase. "Questions of Political and Economic Integration: Segmentary Versus Centralized States among the Ancient Maya." *Current Anthropology* 37 (1996): 795-801.
- Freedman, Maurice. *Lineage Organization in Southeastern China*. Londres: Athlone, 1958.
- Holy, L., ed. *Segmentary lineage systems reconsidered*. Belfast: The Queen's University, 1979.
- Jordanes. Ed. José M. Sánchez Martín. *Origen y gestas de los godos*. Madrid: Cátedra, 2001.
- Kuper, Adam. "Lineage theory: a critical perspective." *Annual Review of Anthropology* 11 (1982): 71-95.
- Lévi-Strauss, Claude. "Clan, lignée, maison." *Paroles données*. París: Plon, 1984: 189-241.
- Maynard, Kent. "On Protestants and Pastoralists: The Segmentary Nature of Socio-Cultural Organisation." *Man* 23 (1988): 101-17.
- Monmouth, Geoffrey de. Ed. Luis Alberto de Cuenca. *Historia de los reyes de Britania*. Madrid: Alianza, 2004.
- Pedrosa, José Manuel. "Endogamia", "Linaje", "Segmentación." *Enciclopedia Universal Multimedia*. CD-Rom. Madrid: Micronet, 1997.
- Radcliffe-Brown, Alfred Reginald. *Structure and Function in Primitive Society*. Glencoe, Illinois: The Free Press, 1952.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. *Los Kogi*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Sahlins, Marshall D. "On the ideology and composition of descent groups." *Man* 95-97 (1965): 104-07.
- . "The Segmentary Lineage: An Organization of Predatory Expansion." *American Anthropologist*, New Series, 63 (1961): 322-45.

Southall, Aidan. "The Segmentary State in Africa and Asia." *Comparative Studies in Society and History* 30 (1988): 52-82.